

I. AL FINAL DEL CAMINO

Me había jurado que el último coche me dejaría ante la puerta. En mi casa.

Encontraría ese último coche aquel día de octubre de 1973. El tiempo estaba revuelto, el aire relativamente fresco y húmedo. Se aproximaba noviembre. Tenía frío, sin duda, por última vez.

Caminaba por las calles de Troyes, en las húmedas aceras no había casi nadie, exceptuando un poli que me divisó enseguida. El cuarto desde Estrasburgo.

—¡Documentación!

¡Triste regreso! Después de tantos años pasados por todos los caminos de la Tierra, resultaba sospechoso a 136 km de mi casa, en mi propio país.

—Al final de la bajada, del otro lado del puente, encontrarás la nacional. No debía eternizarme en Troyes, me lo hacía sentir claramente.

El sitio era muy malo para hacer parar un coche. Lo comprendí inmediatamente, como por instinto. Seguí andando 20 minutos más, sin darme cuenta, sin sentir sobre mi espalda el peso de mi mochila que me daba pintas de vagabundo, de sospechoso... Me había olvidado del poli, de la mochila, del frío. Estaba de vuelta. Varias fábricas grisáceas llamaban a sus obreros después del almuerzo. Todavía una curva bastante abierta, una ligera bajada. Pasaba la última verja, el último edificio. Ante mí se extendían campos desiertos, listos para el invierno.

Me detuve y dejé mi mochila a mis pies. Había llegado al punto “estratégico”, al lugar en el que la probabilidad de ser cogido es la más

elevada. A lo largo de cientos de miles de kilómetros recorridos, había adquirido esta experiencia del “punto”. Me encontraba bastante lejos del centro de la ciudad, la mayoría de los coches que pasaban por allí iban necesariamente a París. Una última señal de zona urbana moderaba todavía su velocidad. Había sitio en el arcén. Yo era bien visible. No llovía. Concurrían las mejores condiciones. Estaba seguro, lo sentía, en un punto así era imposible que nadie me cogiese. Bastaba con esperar. Una hora, dos horas, ¿más?

Me mantenía de pie y al paso de cada vehículo, alargaba maquinalmente el brazo derecho, bien en horizontal, con el pulgar levantado. Los coches desfilaban. Un sol pálido y tímido intentaba salir. No tenía ganas de pasarme allí el final del día y la noche.

La víspera había dormido en una cabaña abandonada, cerca de Chaumont. El lugar era helador. Me había quitado solamente los zapatos antes de meterme en mi saco de dormir, tendido sobre un dudoso suelo. En medio de la noche, un dolor en la espalda y el frío me habían despertado. Tiritaba. Al no poder aguantar más, había caminado mucho tiempo entre la niebla, con la esperanza de entrar en calor. Luego, contrariamente a todos mis principios, había alargado el pulgar en plena oscuridad. ¿Qué hora podía ser? No tenía reloj. Un camboyano me lo había robado una noche en una escuela de Phnom Penh. No lo había sustituido. ¡Una preocupación menos!

La carretera subía. Pesados camiones, cegadores, pasaban lentamente, haciendo aullar su motor a cada cambio de marcha. Yo daba pequeños saltos en el lugar en el que me encontraba, golpeándome con los brazos la espalda y el pecho. El lugar, un repecho, la hora y la estrechez de la calzada no eran propicios, y sin embargo, poco antes de amanecer, había podido “despegar”.

Esta vez era mucho más optimista. Miraba fijamente a los ojos de cada uno de los conductores que pasaba ante mí y les sonreía para inspirar confianza. Sabía que alguien me recogería, pero ignoraba cuándo. No existe realmente ninguna ley. Para ser más exactos, al cabo de seis

años de práctica, había descubierto dos principios que rigen el autoestop: el punto estratégico y saber esperar. Esperar y seguir esperando, horas e incluso días, si hace falta. Cuestión de tiempo.

El tiempo. No creo tener a mi disposición más tiempo que cualquier otro mortal, pero me parece que tengo una concepción diferente de él. Nunca lo pierdo, ni siquiera cuando estoy en el borde de la carretera. Soy como un pescador con su caña. La misma paciencia, la misma serenidad también. Tranquilamente, “lanzo” mi brazo, con el pulgar levantado, y luego, espero. De vez en cuando, como un pescador, recojo el sedal, doblo el brazo y luego, lo vuelvo a lanzar. Mientras hago esto, no tengo la cabeza vacía. Miro el cielo, el discurrir de las nubes. El espectáculo de la naturaleza, de los árboles y de los campos me maravilla. Hilvano mis pensamientos, claros y felices: reflexionar, meditar. El beneficio personal me parece evidente. Por desgracia, esta clase de beneficio no parece interesar a nadie hoy en día. Poder reflexionar, soñar, incluso no pensar en nada, es mi lujo. A otros les encanta la pesca, a mí me ocurre algo parecido: me va esto.

Se detuvo un 2 CV...

Patrick iba a París. Me instalé y saqué mi libreta de notas. Bajo el nombre FRANCIA, escrito en la parte superior de una de las últimas páginas, tracé una rayita. La duodécima. Mi duodécimo “lift” desde Estrasburgo. El 1978º desde el principio de mi vuelta al mundo, seis años antes.

Entre noviembre de 1967 y octubre de 1973, he recorrido la casi totalidad de los 340.000 kilómetros de mi vuelta al mundo a bordo de 1.978 coches, camiones, aviones o embarcaciones diversas.

Nunca me ha parecido normal que un coche se detenga y acepte llevarme. Nunca he maldecido a los conductores que no querían saber nada de mí. Para mí, el milagro se ha producido 1978 veces y cada vez me sentía como sorprendido. 1.978 veces, gracias. Por mi parte, siempre he procurado reembolsar a mi manera al amigo automovilista que se hacía cargo de mí. ¿Cómo? Contándole mis viajes cuando así lo

deseaba, interesándome por él, por su familia, por sus preocupaciones a veces. Cuando no me sentía en forma, hacía un esfuerzo. ¡Qué menos! En ocasiones he tenido que recurrir a la mímica con conductores cuyo idioma desconocía. Acabábamos entendiéndonos y soltando algunas carcajadas que nos sentaban bien a los dos. El autoestop, que siempre he considerado como algo natural, ha sido para mí, en definitiva, un medio incomparable de crecer, de aprender a conocerme, de calibrar mis capacidades, de poner plenamente en juego mi persona: ¡una revelación! En autoestop, he dado la vuelta a mí mismo, no sin dificultades. Amigos del mundo entero me han echado una mano. Gracias a todos. Gracias por el frenazo, por el pequeño intermitente cálido, por la puerta abierta a la amistad.

Patrick había pasado varios meses en Auroville, en la India. La simpatía nació muy rápido. Hablaba de Puducherry, donde yo mismo había vivido en un ashram vecino, de grandes gurús, de maestros espirituales de nuestro tiempo, del pasado. Nuestra conversación fluía agradablemente. Nos exaltaba tanto nuestra conversación y tan real era la súbita armonía que nos unía que los kilómetros pasaban inadvertidos para mí. Patrick había quedado profundamente marcado por su estancia en la India.

—¿Dónde vives exactamente?

—En Brunoy.

—Ni idea. ¿Por dónde cae?

—A 9 kilómetros de Brie-Comte-Robert, en las afueras de la zona sudeste, junto a una carretera comarcal. Basta con que me dejes en Brie al pasar.

—Ni hablar. Voy a llevarte hasta tu casa. Quiero ser tu último “lift”. Después de seis años de vuelta al mundo en autoestop, no vas a estarte esperando. ¡Y además, oye, que me apetece!

En Brie-Comte-Robert, Patrick dejó la Nacional. Périgny: 7 kilómetros. Mandres-les Roses: 4 kilómetros. Había ganado: ¡había hecho autoestop hasta el final! Nadie me aclamaba. A lo largo de los últimos

kilómetros, no había multitud ni banderola, sólo las señales desgarraban los nombres de los municipios que había recorrido de niño. Estos nombres significaban “Llegada” y también victoria. Un cierto vértigo inundaba mi cabeza. Brunoy. Me decía a mí mismo, al tiempo que me parecía estar oyendo a otro yo, a un desconocido en cierto modo: “Llego a mi casa, a Brunoy. Vuelvo, se ha terminado. Estoy en Brunoy”. Este nombre tan familiar que surgía de la infancia sonaba no obstante extraño. Desde entonces había escuchado tantos nombres exóticos, impronunciados, misteriosos o inquietantes. Brunoy, mi ciudad natal.

No reconocía nada. Unos horribles edificios de protección oficial habían invadido la llanura de Mandres. Los trigos y los campos de rosas habían desaparecido bajo el asfalto y el hormigón. La llanura de Epinay, donde instalaba la tienda de campaña con los scouts, ya no existía. Una nueva y fría ciudad la había invadido. Árboles, verdor, cantos de pájaros, todo eso pertenecía a mis recuerdos.

“Route de Brie”, “Pointe à Chalène”, “Rue du Plateau”, me iba acercando. El nombre de estas calles me hablaba, las paredes, cada casa, cada jardín, aguijoneaba mi memoria. Estaba en las Mardelles, en mi barrio. Había llegado.

—Déjame en el cementerio. No está lejos de mi casa, acabaré a pie.

Empujé una gran verja, completamente nueva. Una fila de cipreses formaba una oscura pantalla. El cementerio, a imagen de los pueblos convertidos en ciudades, había crecido. Así, era más anónimo si cabe. Tenía la impresión de no haber entrado nunca en él. Y, sin embargo, nueve años antes...

Tuve que pedirle al vigilante que me indicase donde se encontraba la tumba de mi madre. Todo era tan distinto. Incluso la lápida había sido cambiada. Muy sencilla. Como lo fue mi madre.

Nos dejó en febrero de 1965.

Aquel día, y durante todavía mucho tiempo, me sentí muy solo, perdido, lleno de dolor. El cordón umbilical había sido cortado por

segunda vez. No lloro nunca, nunca he llorado, pero el mundo de mi infancia se había derrumbado de repente. A mis pies, en torno a mí, un vacío espantoso descubría mi soledad.

Pienso con frecuencia en mi madre, la evocación de su rostro, tan dulce, me reconforta. Ella poseía el verdadero coraje, una extraordinaria amabilidad y una gran delicadeza de espíritu. Las tres cualidades que más admiro.

Mi madre tenía una concepción de la existencia, una filosofía sencilla que hacía del contentamiento un principio general de vida. Por aquel entonces, lo que yo llamaba su *teoría de la teja* me hacía sonreír. Mi madre siempre pensaba que si un día de mucho viento, durante un paseo, le hubiese caído en la cabeza una teja, habría tenido que dar gracias a Dios, y no increparle, pues no le había arrojado el tejado entero. Hoy, no pienso de modo diferente. He comprendido. Su “teoría” me ha sido de gran ayuda a lo largo de todo mi interminable y agotador periplo. He aprendido y comprendido la lección de mamá: saber aceptar la propia suerte. Lo que ella llamaba el contentamiento es para mí una de las condiciones de la felicidad.

Al pie de su tumba, 9 años más tarde, yo no era para nada el mismo. Estaba muy tranquilo, sereno, me atrevo a decirlo: era muy feliz, estaba de nuevo cerca de ella. Había olvidado el desamparo que me había invadido en el momento de su muerte, la atmósfera sofocante del entierro, el choque terrible de la separación irremediable. Un hombre nuevo se encontraba allí, ante aquella sepultura que para los demás, los que no saben, es un lugar terrible. Un hombre nuevo, de regreso de una larga búsqueda, después de haber descubierto verdades tan bellas que me permitían, en pleno cementerio, dialogar con mamá lleno de alegría.

El mundo que he escrutado, visitado, los hombres que he conocido y amado en todas las latitudes, me han enseñado tantas cosas que me siento otro. Hoy sé.

Sé que la muerte no es nada, que, cuando se rompe su jaula, el pájaro vuela hacia la libertad, sé que no muere. Nuestro cuerpo no es más

que una jaula, que la muerte rompe, liberándonos hacia horizontes más amplios, más luminosos.

Yo estoy todavía en esta “prisión”, mamá ya no está en ella; pero no creo que estemos verdaderamente separados. Al regresar ahora, sé que está feliz. A lo largo de toda mi aventura, nunca ha dejado de ayudarme, de sostenerme. Este viaje es mi deuda hacia ella, debía saludarla a ella antes que a nadie, decirle gracias, contarle mi felicidad, mi alegría.

Con afectuosa caricia, pasaba mis dedos sobre la pulida y brillante lápida. Tomaba conciencia de que, desde hacía seis años, había recogido los frutos de lo que mamá había sembrado durante toda su vida; y sin duda, no había terminado mi cosecha.

Ella nunca le había negado al vagabundo que se presentaba en la puerta de nuestra modesta casa, un gran bocadillo de mantequilla y jamón. En nuestra casa nunca pasaba un día de fiesta sin que mamá le llevase un trozo de pastel a nuestra vecina, la señora Julien, una rusa blanca que vivía sola en una gran miseria. Un poco después de la última guerra, cuando Francia estaba en ruinas, no había dudado en recibir a jóvenes turistas alemanes. Era incapaz de odiar. Siempre había tenido las mismas atenciones, acogía con idéntica generosidad a mis compañeros de clase o a los africanos que invitaba a casa tras mi regreso del Congo. Durante la guerra de Argelia, teníamos dos inquilinos argelinos. Nunca pronunció una palabra contra nadie y sólo tuvo una preocupación: servir con amor.

Ella me enseñó a amar a los hombres del mundo entero, de todas las razas, de todas las creencias. Cada vez que abría su puerta a un extranjero, me había abierto una puerta en el otro extremo de la Tierra. Así continuaba velando por mí.

Francia es amada no tanto por su influencia cultural y sus éxitos tecnológicos sino porque ya no puede morder. Sólo se envidia a los poderosos. De hecho, fue algo completamente involuntario el que yo naciese en Francia, por casualidad, blanco, católico y francés.

Estoy íntimamente convencido de una cosa: la vuelta al mundo es un asunto de blanco. Un negro nunca habría podido hacer lo que yo he

hecho en este mundo lleno de prejuicios: el ser blanco me ha dejado las puertas abiertas. Católico: ¡no hay salvación fuera de la Iglesia! Nacer católico y francés... ¡Francia!, hija primogénita de la Iglesia de Roma, el colmo de la felicidad y de la suerte también. En otro tiempo, yo compadecía a los desgraciados que habían tenido la mala suerte de ver la luz bajo otros cielos, en Barbaría.

Hoy sé también que la Iglesia católica y romana, es por así decirlo, una especie de “secta” de ritos impracticables en la mayor parte de los países, con frecuencia mal vista y cuya doctrina en ocasiones restringe considerablemente el horizonte de nuestros pensamientos. Desde el punto de vista católico, Mahoma y Buda son casi unos charlatanes; Gandhi: ni hablar de canonizarle. Estas ideas de catecismo y de sermones dominicales me habían chocado.

Salí de Francia en 1955, a la edad de 17 años. Inocente y cándido. Tenía ideas imbuidas por una literatura escolar y oficial. Francia, moderada, era la patria soñada que, erguida, iluminaba el mundo llevando en su mano la antorcha de la civilización. A los 17 años, en 1955 –la fecha tiene su importancia–, yo creía que todos los policías eran hombres de fiar, el sacerdote un hombre santo, el médico un hacedor de milagros.

Creía también que el hombre orinaba siempre de pie, la mujer de cuclillas, que se le ofrecían flores envueltas en celofán, que no había nada chocante en besar a una chica en la calle y que era de buena educación mantener las manos sobre la mesa durante la comida. Todo esto es lo que iba a poner en tela de juicio cuando me eché por primera vez la mochila a las costillas y la acomodé sobre mis hombros.

Cuando pasé por Senegal, el periódico local, *Le Soleil de Dakar*, no había dudado en titular: “El Ulises de los tiempos modernos”. En Grecia, la prensa me bautizó: “El Marco Polo de los tiempos modernos”. Al final de mi periplo, *Le Soir*, de Bruselas, concluía: “Más fuerte que *Les cinq sous Lavarède*”. Para mí, estos títulos, estos artículos amables de los que no quiero renegar, pues me han sido muy útiles, no simbolizan, sin embargo, lo que he querido hacer durante los últimos seis años. La ha-

zaña deportiva es real, también lo es la hazaña presupuestaria, pero no reivindico tanto la proeza como los incomparables años de aprendizaje que, para mí, harán las veces de universidades. En San Diego, California, un profesor estadounidense me confirmó el carácter excepcional de mis “estudios” y su inmenso valor. “Algunas de nuestras universidades”, me explicó, “conceden importancia a los viajes de sus estudiantes y los favorecen cada vez más.” Yo no soy ni Ulises ni Marco Polo, pero deseo de todos modos quedar como una especie de precursor. He demostrado que era posible. La vuelta al mundo es la mejor de las universidades.

No conozco ningún occidental que después de una estancia prolongada en Asia no haya vuelto transformado. Creo poder decir que el mismo resultado se produce a la inversa, pero pienso sinceramente que los occidentales cometen un gran error al creer, confiados en su tecnología, que poseen las llaves del saber y de la sabiduría. Olvidan que todos los grandes maestros espirituales nos llegan del continente asiático. Oriente. Que yo sepa, Cristo no nació en Buttes-Chaumont, ni en Chicago (Illinois). La humanidad entera tiene la posibilidad de formar una verdadera civilización de la felicidad: le bastaría para ello con querer unir la técnica occidental a la sabiduría y al arte de vivir de Oriente. Bastaría con quererlo.

Esto no lo he aprendido en los pupitres de mi escuela.

He aprendido, he aprendido mucho durante mi vuelta a los hombres, he aprendido que cada uno de nuestros actos se traduce en la emisión de “vibraciones” que, a la manera de un bumerán, vuelven a nosotros. Si actuamos en perfecto acuerdo con nuestra conciencia y nuestro corazón, emitimos buenas vibraciones que, al regresar, crearán en torno a nosotros una atmósfera de paz y de generosidad: el paraíso; pues es en la Tierra donde es posible vivirlo. Pero los hombres no lo entienden así, y el gran nubarrón que planea encima de la humanidad está constantemente cargado de malas vibraciones: racismo, violencia, odio, prejuicios. Como un cielo sobrecargado de electricidad, la acumulación de nuestras malas acciones amenaza a la humanidad. El hombre sabe

temer a la tempestad desde los primeros soplos que la preceden, pero se niega a reconocer que una gran calamidad ennegrece nuestro horizonte.

Un día, en las antípodas, había estado esperando cuatro horas bajo un tórrido sol en una desértica carretera del Queensland australiano. No había agua. Para que mi mochila pesara lo menos posible, nunca llevaba cantimplora. Estaba sediento. De pronto, como surgido de la nada, un hombre me trajo té y unos bocadillos.

“Hey, mate, you must be thirsty!¹ Con todo el tiempo que llevas aquí... Hace un buen rato que te observo”.

Yo sabía, por experiencia, que el té caliente es el mejor medio para apagar la sed. Aquel hombre me concedía mi deseo. Pensé en mi madre...

Mi madre, sin embargo, no me impulsó a viajar. Muy al contrario, cada salida la desgarraba. En su tiempo no había costumbre de ir al extranjero, y aunque ella visitó Francia, como lo atestigua un viejo álbum fotográfico, creo que su mayor deseo era conservarme a su lado. En realidad, nunca hemos hablado de estas cosas. De hecho, teníamos pocas conversaciones. Nuestras relaciones, aunque afectuosas, eran las de padres a hijos. Nada más. No había complicidad entre nosotros y se sabía que las cosas debían ser así.

A pesar de ello, soy consciente de deberle mucho, a causa de las “vibraciones”, sin duda, de su ejemplo.

Al presentarme ante ella, volvía en cierto modo a mi punto de partida, a la hora del balance. Había terminado “mis licenciaturas”. He estado ausente 18 años, durante los cuales he meditado mucho, buscado, sufrido y también aceptado, a veces demasiado. 18 años durante los cuales nunca he renunciado ni abandonado. Una irresistible intuición me arrastraba sin parar por un camino difícil y atormentado, camino que hoy sé que es el de la verdad. Me pregunto cómo el individuo puede llegar a crecer sin tomar un día u otro este sendero del conocimiento de sí mismo, itinerario incómodo, sin señalar, oscurecido por los

¹ “Debes de estar sediento, amigo”.

propios hombres, tortuoso, agotador que, sin saberlo verdaderamente, iniciaba en 1955. Inconsciente de mi audacia, cual caballero-peregrino de la Edad Media, comenzaba una larga búsqueda. Iba a recorrer el mundo, camino de una gran y completa vuelta a mí mismo. Durante el trayecto, he tenido buen cuidado de observar, de contemplar a los hombres y a su decorado, me he tomado el tiempo de recoger las flores de lo que creo es la verdadera felicidad.

Atadas en ramillete, las depositaba a los pies de mamá.

Una corriente de aire gelido me hizo estremecer. El sol se ocultaba de nuevo tras los nubarrones. Cogí la mochila y, con un balanceo preciso, mil veces repetido, la acomodé sobre mis riñones. Me hizo daño, estaba demasiado baja. También mi mochila estaba cansada, las correas se habían distendido, y ambos nos encontrábamos en las últimas. Bah, no importaba, al fin y al cabo habíamos aguantado hasta el final.

Me separé de mamá. La gravilla crujía bajo mis pasos. Me envolvieron de nuevo los ruidos de la calle; estaba a quinientos metros de mi casa.

La calle de Cerçay me pareció más estrecha. Supongo que siempre pasa lo mismo después de una larga ausencia. La imaginación, el corazón y los recuerdos, al deformar los objetos, los agrandan. Estaba en mi casa, pero todo era diferente. Algunos nombres habían cambiado en las placas de las puertas; aquí y allá habían surgido nuevas casitas, nuevos comercios.

Unos metros más, los últimos pasos. Me sentía cansado, un poco aturdido.

Calle del Chemin-vert.

La casita continuaba en su sitio, inmutable, tal y como yo la había conservado en mi memoria. Tras la verja, se afanaba una silueta encorvada. Mi padre estaba ocupado en quitar las malas hierbas. Se incorporó, movido sin duda por una intuición cuya realidad no sospechaba, y luego se inmovilizó.

Quedó petrificado. En sus ojos, sin embargo, no vi ninguna emoción, más bien una especie de embotamiento.

¡Cuánto había envejecido! No se había recuperado de la muerte de mamá. Lo era todo para él; ha perdido todo.

Me invadió de pronto una gran tristeza. Maquinalmente, hice una pequeña seña con la mano.

“¡Papá! ¡Soy yo, papá!”

Trabajosamente, apretó el paso en dirección a la puerta pero, de pronto, apoyándose pesadamente contra la verja, se llevó la mano al corazón y empezó a gemir, a sollozar.

Me encontraba ante un hombre abatido, enfermo. Me sentía verdaderamente consternado.

Recorrí el comedor con la mirada. Todo me parecía empequeñecido. Nada había cambiado, nada se había movido. El mismo papel en las paredes, los mismos muebles en los mismos sitios.

Tenía la cabeza vacía y el corazón en la garganta. Me sentía muy mal. Creía desmayarme. Ya estaba. Acababa de detenerme y seis años de fatiga se derrumbaban de pronto sobre mí. Me sentí aplastado, como si se hubiera desplomado el cielo sobre mis hombros. Mi espalda me dolía cada vez más. Unos dolores lancinantes, tenía los riñones en fuego vivo.

Subí lentamente la pequeña escalera de madera que conducía a mi habitación, en la buhardilla. En el suelo me esperaban cajones, paquetes, abultados sobres enviados desde los cuatro puntos cardinales. Contenían mis recuerdos y mis compras efectuadas a lo largo de los kilómetros. Esculturas, pinturas, objetos diversos, kilos de mapas, folletos, recortes de periódicos relatando mi odisea, decenas de cartas con sellos raros y maravillosos. Un batiburrillo, a mis ojos, fabuloso.

En un último reflejo, saqué mi diario de viaje, el séptimo, anoté la fecha y luego, dándome cuenta de que todo había terminado, dejé mi bolígrafo sobre la mesita en la que antaño hacía mis deberes de escolar y me tendí sobre la cama. Mañana ya no necesito “torear” la carretera.

Sin una palabra sobre mi viaje, mi padre había vuelto a sus ocupaciones.